

Las dudosas credenciales democráticas de Yeltsin

GABRIEL GUERRA CASTELLANOS

El momento de escribir este artículo, Rusia ha vuelto una vez más a las primeras planas internacionales, dominando las noticias como hacía ya mucho tiempo no sucedía. Lejanos parecen hoy los lewinskigates, el frágil proceso de paz en Irlanda del Norte, el aún más frágil de Medio Oriente, las inminentes elecciones en Alemania.

El presidente Bill Clinton acaba de volver de un viaje a Moscú para acudir a la que bien podría ser su última reunión cumbre con Boris Yeltsin, a quien los años no han tratado bien mientras que la política pareciera haberlo tratado aún peor. En un rarísimo reconocimiento de que se equivocó, Yeltsin acaba de cesar a su recientemente nombrado primer ministro, Sergei Kiriyenko, para reemplazarlo con su propio antecesor, el célebre miembro de la vieja guardia y hasta hace poco repudiado Viktor Chernomyrdin, quien a su vez, al ser rechazado dos veces por la Duma, ha cedido su lugar a un viejo apparatchik, que en su momento fue un reformista gorbachoviano, Yefgeni Primakov.

Pocas cosas nos faltaba ver en la Rusia moderna. Desde su llegada al poder, Boris Yeltsin se había establecido como todo un zar de fines del siglo xx. Sus intenciones democráticas, que le dieron fama y simpatía en el resto del mundo, se fueron desvaneciendo conforme se ha descubierto lo incómoda que resulta la democracia a la hora de gobernar.

Desde 1991, cuando hizo a un lado abruptamente al hombre al que él mismo había salvado de un golpe de Estado, Yeltsin ha demostrado ser un político increíblemente hábil y poco remilgoso a la hora de lidiar con sus contrincantes políticos. A lo largo de los años, Yeltsin ha logrado una concentración casi absoluta del poder en el Kremlin, doblegando primero a la Duma a fuerza de tanques y cañonazos y después al resto del país con una combinación de gobierno por decreto y del uso de la confusión de los demás como instrumento político.

La transparencia no ha caracterizado a este hombre que en las elecciones presidenciales de 1996 ofreció primero un puesto de primer nivel a Aleksander Lebed (cuyo tercer lugar en la primera ronda electoral lo volvía un aliado imprescindible) tan sólo para cesarlo a las pocas semanas de su triunfo. Por si eso fuera poco, algo de tiempo después de la elección se supo que Yeltsin había sufrido un severo infarto días antes de las elecciones, mismo que se mantuvo en el más rígido secreto para garantizar su victoria.

Desde entonces, el presidente ruso ha dado crecientes muestras de estar desconectado de lo que sucede a su alrededor. Los despidos y las subsecuentes recontrataciones de algunos de sus principales colaboradores han generado dudas entre la comunidad financiera internacional, como cuando despachó al reformista Anatoli Chubais, a instancias de un grupo conservador encabezado por el entonces primer ministro, Viktor Chernomyrdin.

Poco después quedó claro que Chubais había perdido su puesto tan sólo para hacerse de otro, tratando así Yeltsin de aplacar a los espíritus en ambos lados de su silla presidencial.

No pasó mucho tiempo antes de que el propio Chernomyrdin se viera desplazado, en medio de fuertes aunque confusas insinuaciones de que su apetito de poder lo había vuelto persona non grata para el presidente Yeltsin. Parecía claro el mensaje: Yeltsin no toleraría disidencias ni mucho menos el más mínimo asomo de competencia. Ha corrido a Chernomyrdin –se decía– porque éste tuvo la audacia de contemplar la posibilidad de sucederlo al fin de su mandato. Ante ese acto de alta traición, Yeltsin se deshizo de un contrincante abriendo de paso la posibilidad, constitucionalmente controvertida, de buscar un tercer periodo en la presidencia.

Muy pronto las cosas cambiaron. Sobrevino la crisis económica más reciente, y el rublo comenzó a desplomarse mientras que los grandes capitales domésticos e internacionales abandonaron el país a toda prisa. Mientras que la economía se desintegraba, Boris Yeltsin disfrutaba de sus bien merecidas vacaciones y Kiriyenko intentaba infructuosamente hacerse notar. Repentinamente Rusia se convertía en la Tailandia de este año: los mercados internacionales empezaron a resentir los efectos de la crisis rusa y el mundo entero se sacudió en un torbellino financiero cuyos efectos finales aún nadie se atreve a calcular. Algo pasó en la mente de Yeltsin que lo hizo reaccionar abruptamente. Kiriyenko fue cesado casi sin explicaciones, aunque éstas no hacían mucha falta. La verdadera sorpresa fue su relevo: el mismo hombre al que el había sustituido apenas meses antes.

Bien poco tardó Chernomyrdin en volver por sus fueros para, según Yeltsin, lidiar con la crisis, y menos aún tardó en tener que ceder su lugar a Primakov. Pero la crisis no se ha dejado lidiar y la economía rusa no ha dado señales de recuperación. Los mercados reaccionaron mal ante el nombramiento de Primakov, a quien vieron como una fuerza opuesta al cambio y a las reformas radicales que piensan que Rusia requiere. Sus primeras acciones, encaminadas a reducir la tensión política y a llegar a algún tipo de entendimiento con la mayoría comunista en la Duma, han aumentado los temores de que su nombramiento signifique un regreso al pasado. El nuevo primer ministro tiene que encontrar puntos de convergencia con el parlamento, al mismo tiempo que procura tranquilizar a los mercados financieros y a los siempre inquietos y volátiles capitales rusos, grandes y pequeños. La más reciente devaluación del rublo, superior ya al 60%, ha generado las más diversas reacciones

entre la población, desde el retiro del sistema bancario en busca de la relativa seguridad de los colchones caseros hasta las compras de pánico de víveres, aparatos electrónicos y electrodomésticos

Las acciones erráticas de Yeltsin tienen indudablemente mucho que ver con la crisis rusa, pero las verdaderas causas son más profundas. En primer lugar, cuando Yeltsin accedió al poder muchos asumieron que la transición hacia la democracia era simplemente cuestión de tiempo y de voluntad política. Con la caída del comunismo ya no había enemigo a la vista y Yeltsin sólo tendría que seguir los consejos de Occidente y aplastar cualquier intento por volver al pasado. Amparado en esa teoría, Yeltsin se dio a la tarea de consolidar su poder personal, sin importarle las formas ni la legalidad. Cuando el parlamento se rebeló y trató de bloquearlo, Yeltsin lo enfrentó con soldados y tanques por delante, ante el apoyo, o en el mejor de los casos el silencio, de los países occidentales. Se trata, decían sus defensores, de eliminar a una amenaza contra la recién nacida democracia rusa, y a veces hay que tomar acciones aparentemente antidemocráticas para salvaguardarla de sus verdaderos enemigos. El ataque a la Duma fue sólo el inicio de una gestión centralizadora del poder, poder que Yeltsin ejerce fiel a la tradición autocrática y autoritaria de sus muchos antecesores en el Kremlin. Formado en el más puro estilo de la burocracia soviética, Yeltsin nunca olvidó sus orígenes, y sólo

se volvió un rebelde cuando Mijail Gorbachov comenzó a abrir el sistema y volverlo más plural.

Nunca antes de eso se supo que Yeltsin intercediera por un disidente, ni que cuestionara al sistema en lo fundamental. De hecho, su camino a la prominencia comenzó cuando se volvió funcionario de la perestroika gorbachoviana en Moscú, y su rebeldía se inició cuando fue despedido de ese cargo.

Así que tampoco era justo esperar demasiado de este hombre cuyas credenciales democráticas eran breves y que había cobrado fama en Estados Unidos más por su afición a ciertos excesos que por sus teorías transformadoras. El destino quiso que Yeltsin se enfrentara a los comunistas más ortodoxos en la lucha intestina por el poder que precedió a la caída de Gorbachov, volviéndolo el aliado natural del mundo occidental, que vio en él a un líder carismático capaz de enfrentarlos con éxito sin preocuparse demasiado por los detalles.

Hoy, los detalles son sus peores enemigos

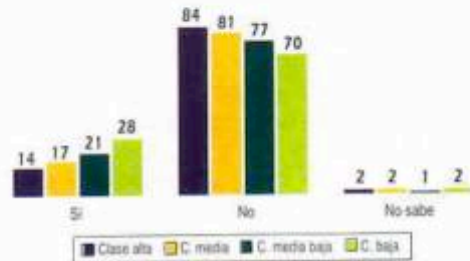
Seguridad Pública

INDICADORES

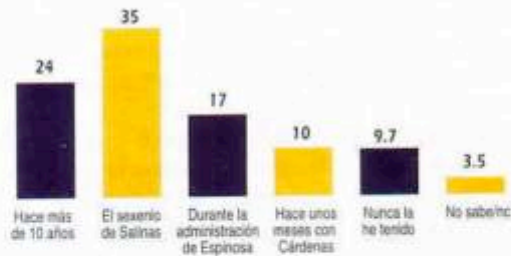
Seguridad pública

Distrito Federal

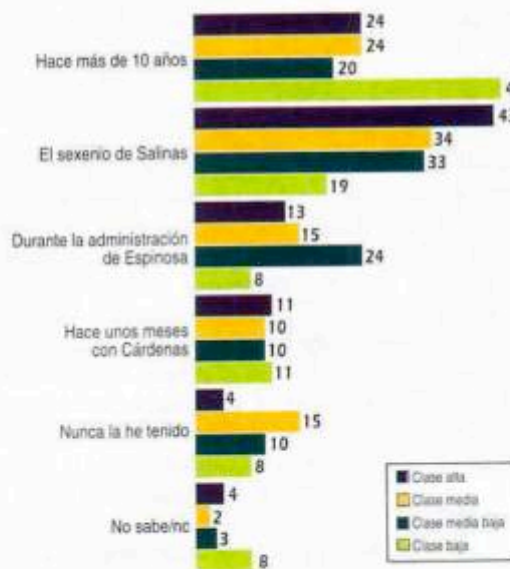
¿TIENE USTED CONFIANZA EN EL SISTEMA DE SEGURIDAD PÚBLICA EN EL DISTRITO FEDERAL?



¿DESDE CUÁNDO SIENTE QUE PERDIÓ LA CONFIANZA (SÓLO QUIENES CONTESTARON NO Y NO SABE)



¿DESDE CUÁNDO SIENTE QUE PERDIÓ LA CONFIANZA (SÓLO QUIENES CONTESTARON NO Y NO SABE)



Vitrina metodológica:

Levantamiento: 3-5 octubre de 1998; método de levantamiento: aleatorio por conglomerados personal a domicilio; poblaciones entrevistadas: personas mayores de 18 años en el DF; tamaño de la muestra: 800 entrevistas; margen de error: ±3.5; nivel de confianza: 95%.

